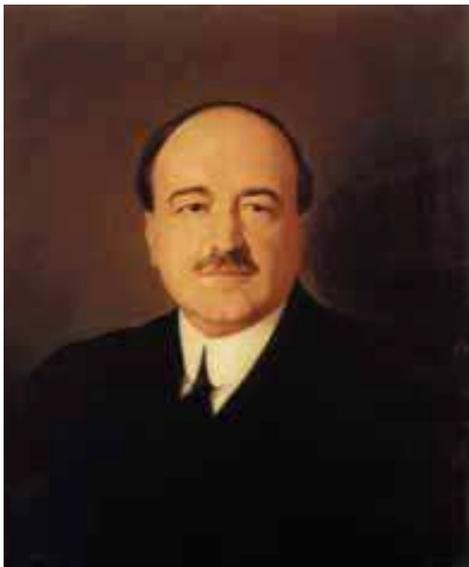


JOSÉ RAMÓN VILLANUEVA HERRERO

A principios del XIX, tanto la medieval Comunidad de Aldeas como el borbónico Corregimiento son instituciones en total decadencia. La implantación definitiva de la división provincial, los partidos judiciales y la desaparición definitiva (1837) de las Juntas de las vetustas Comunidades marcan un nuevo orden político-administrativo también para estas tierras duras, frías y despobladas.

La comarca de la Comunidad de Teruel cuenta con una población de 42.000 habitantes distribuidos de forma muy desigual: mientras que la mayor parte de los mismos se concentra en la ciudad de Teruel, el conjunto de los pequeños municipios que la conforman se halla en una preocupante recesión demográfica, lo cual supone, para muchos de ellos un riesgo real de garantizar su pervivencia a corto plazo. Un dato resulta especialmente grave: desde mediados del s. XIX la comarca ha perdido en torno al 51% de su población. De este modo, desde Aguilar de Alfambra emigraron a Valencia los padres de quien más tarde sería el célebre novelista y político republicano Vicente Blasco Ibáñez; por otra parte, entre la historia y la leyenda se halla el caso de un tal Bonet, natural de Monteagudo del Castillo, que llegó a convertirse en rey consorte del africano reino de Madagascar. El resto de los anónimos emigrantes comarcanos buscó nuevos horizontes en otras tierras de Aragón, Valencia o Cataluña, una triste sangría demográfica que vació nuestros pueblos.

Hay que señalar igualmente que la comarca, al igual que el resto de la provincia de Teruel, tuvo un lentísimo crecimiento demográfico cuyas razones fundamentales habría que buscarlas en diversos motivos: sucesivas epidemias de cólera tales como las padecidas durante los años 1834, 1853-1856, 1865 y 1885; las cíclicas crisis de subsistencias, especialmente graves en un comarca agraria con partes de su territorio muy pobre, como las de 1837, 1847, 1856-1857, 1868, 1877 y 1894. A todo lo dicho, habría que añadir las catastróficas consecuencias que las sucesivas guerras carlistas, durante buena parte del s. XIX, desangraron en vidas y recursos a las tierras turolenses. Ejemplo de todo este cúmulo de circunstancias negativas sería



El escritor Vicente Blasco Ibáñez, descendiente de Aguilar de Alfambra, pintado por Luis Dubon Portolés.

olvidadas por los poderes públicos de la época: todo un testimonio permanente de que la Comunidad de Teruel, como el resto de las tierras turolenses, existen, recuperan su historia e identidad y luchan con tenacidad por su futuro.

el lento crecimiento demográfico de la ciudad de Teruel: si en 1860 tenía 10.432 habitantes, en el año 1900, 40 años después, el censo había ascendido a los 10.797 turolenses, esto es, sólo se había incrementado en 365 nuevos vecinos, lo cual indicaba que la capital provincial incrementó su población durante estas cuatro décadas a un promedio de tan sólo 9 habitantes/año.

Estas fueron, pues, unas tierras duras y frías, escasamente pobladas y que, por encima de estas adversas circunstancias, tuvieron un lugar brillante y destacado en la historia del XIX. Aunque el protagonismo determinante correspondió a la ciudad de Teruel, un breve recorrido histórico por las tierras y las gentes de la Comunidad de Teruel nos permite conocer hechos gloriosos, personajes eminentes, y también anhelos y sueños de regeneración y progreso para estas tierras tantas veces



Placa en el monolito dedicado a Isidoro de Antillón en Santa Eulalia, su localidad natal.

Isidoro de Antillón y Vicente Pascual

Si hay una figura que simboliza el difícil tránsito del XVIII y la Ilustración a los albores del liberalismo del XIX, es la de Isidoro de Antillón y Marzo (1778-1813). Natural de Santa Eulalia del Campo, fue un destacado erudito, sabio, astrónomo, geógrafo y político, amigo personal de Jovellanos. Avanzado a su tiempo, entre su ingente obra se cuenta el histórico discurso *En defensa de la abolición de la esclavitud de los negros* en la temprana fecha de 1803. Diputado por Teruel en las Cortes de Cádiz, sus brillantes intervenciones parlamentarias hicieron que fuese calificado como “el mejor orador de las Cortes” por los sectores liberales, a la vez que se granjeó el odio de los reaccionarios, razón por la que su apasionante trayectoria culminó siendo víctima del despotismo absolutista de Fernando VII.

Otro destacado turolense en los debates gaditanos fue Vicente Pascual, canónigo de la catedral de Teruel, presidente de las Cortes de Cádiz y primer fir-

mante de la histórica Constitución de 1812, conocida popularmente como *la Pepa*.

A lo largo de la Guerra de la Independencia las tierras de la Comunidad de Teruel fueron testigos de diversos acontecimientos destacados. De este modo, tras la rendición de Zaragoza al finalizar el Segundo Sitio (febrero 1809), se estableció en la ciudad de Teruel de forma temporal una Junta Superior de Aragón y parte de Castilla (mayo 1809), estructura de gobierno que tenía por objeto hacer frente a la invasión napoleónica. Esta Junta estaba presidida por Salvador Campillo, representante de la ciudad de Teruel, un abogado constitucionalista, también perseguido más tarde por la reacción de Fernando VII, y de ella formaban parte figuras de la talla del ya citado Isidoro de Antillón, y, también, Juan Romero Alpuente, natural del cercano pueblo de Valdecuencia y posteriormente destacado político liberal.

Aunque el célebre general Villacampa derrotó a los franceses en Caudé, lo cierto es que el 20 de diciembre de 1809 los imperiales ocupaban la ciudad de Teruel, hecho éste que se prolongó hasta marzo de 1813. Del tiempo de dominio napoleónico en la ciudad mudéjar poco queda, aunque durante dicho período fue demolido el viejo convento de capuchinos, lo cual dio lugar a la aparición del espacio urbano que actualmente ocupan el Óvalo y la Glorieta turolense.

Hacia la capitalidad provincial

Una de las herencias de la ocupación francesa sería el hecho de que Teruel, cabeza del viejo Corregimiento y de la Comunidad de aldeas, se convirtió, por vez primero, en capital de una de las nuevas provincias creadas por las autoridades napoleónicas. Tal es así que en la división del territorio nacional diseñada por Llorente en 1809 bajo el reinado de José I, Teruel fue designada capital del Departamento de Guadalaviar Alto. Esta denominación fluvialista, inspirada en las ideas de la racionalización administrativa francesa implantadas tras la revolución de 1789, no tenía en cuenta criterios históricos, razón por la cual los límites del departamento turolense, que cambió en 1810 su denominación por la de Prefectura, incluían al territorio valenciano del Rincón de Ademuz. Más importancia tuvo el Decreto de 11 de junio de 1812 del mariscal Suchet mediante el cual se dividía el territorio del Aragón napoleónico en 4 provincias: Zaragoza, Huesca, Alcañiz y Teruel. Concreta-



El paseo del Óvalo desde la Glorieta, ambos espacios urbanos que aparecen tras las demoliciones de la Guerra de la Independencia.



La plaza principal de Villel evoca la figura de su hijo más ilustre, Tadeo Calomarde. Detalle de la fachada del Ayuntamiento.

mente, su art. 4º decía textualmente que “la Intendencia de la provincia de Teruel se compondrá de los Corregimientos de Teruel, Albarracín y Daroca, componiendo juntos doscientos treinta y ocho pueblos y veintinueve mil trescientos cuarenta y dos vecinos”. Como en los casos anteriores, también tuvo una existencia efímera puesto que estas tierras turolenses estuvieron controladas la mayor parte del tiempo por la guerrilla y la presencia francesa se reducía al control de la capital y de la ruta que, pasando por ella, enlazaba Zaragoza con Valencia.

Concluida la Guerra de la Independencia, no va a ser hasta el Trienio Liberal (1820-1823) cuando la ciudad de Teruel vuelva a ser considerada como capital provincial. De este modo, mediante el Real Decreto de 27 de enero de 1822, Aragón quedaba dividido en 4 nuevas provincias: Zaragoza, Huesca, Calatayud y Teruel. En el caso de la provincia turolense, no se incluía la comarca del Bajo Aragón, adscrita a Zaragoza, mientras que, de nuevo, se volvía a incorporar a ella el enclave valenciano del Rincón de Ademuz. De límites muy confusos, y reducida a las serranías interiores, como en los casos anteriormente citados de las divisiones administrativas napoleónicas, apenas tuvo vigencia real.

Digamos finalmente que no será hasta el Real Decreto de 30 de noviembre de 1833 cuando se establezca la división provincial que, hasta la fecha, ha estado vigente. De este modo, tras frustrados y efímeros intentos anteriores, la ciudad de Teruel consolidaba finalmente su condición de capital provincial. En este sentido, parece ser que Francisco Tadeo Calomarde y Arría (1773-1842), natural de Villel, y ministro que fue de Gracia y Justicia con Fernando VII, fue quien tuvo una intervención decisiva entre los años 1829-1831 para que, en la posterior y definitiva división provincial de 1833, la ciudad de Teruel lograra la capitalidad. No obstante, hay que dejar constancia de que la línea de demarcación entre las provincias de Zaragoza y Teruel era, como señala Madoz, “defectuosisima”, hasta el punto de que 40 pueblos de la zona próxima al Jiloca quedaron “sin saber a qué provincia pertenecen”, lo cual obligó a realizar las oportunas correcciones.

El carlismo insurgente

El nombre de Teruel se vincula, en ocasiones, a diversos hechos en que el drama, la tragedia y el heroísmo se dan la mano. Este es el caso de la tradición de los Amantes en el medievo, las guerras carlistas en el siglo XIX o, más recientemente-

te, la Batalla de Teruel ocurrida durante nuestra pasada contienda civil. El carlismo, según Pedro Rújula, fue uno de los principales referentes históricos de las tierras turolenses, hasta el punto de que les dio una proyección, tanto nacional como internacional, insospechada entre los años 1833-1875, arco temporal en que tuvieron lugar las contiendas carlistas. Ejemplo de la pugna entre los partidarios de la revolución liberal y las fuerzas defensoras de la monarquía tradicional (y absoluta), representan toda



Panorámica desde el castillo de Camarillas, fortificado enclave carlista.

una serie de conflictos armados, desarrollados en varias fases, de carácter propiamente decimonónico y vinculados a la construcción del nuevo Estado liberal.

La ciudad de Teruel, único enclave liberal importante en esta comarca, ya fue objeto de un intento de asalto por parte de los voluntarios realistas de Joaquín Capapé *el Royo* el 22 de octubre de 1822. Según se relata, la capital fue entonces defendida por “los decididos patriotas, así de esta ciudad, como de varios pueblos de la provincia, que habían venido a refugiarse a aquella huyendo de la venganza de personajes facciosos”. Esta situación será una constante durante todo el XIX, centuria en la que, como consecuencia de las sucesivas contiendas carlistas, la capital se convertirá en un bastión liberal del que nunca pudieron apoderarse los insurrectos que, por otra parte, controlaban con facilidad no sólo la comarca, sino también la práctica totalidad del territorio provincial. De este modo, tras el frustrado asalto de los realistas a Teruel, se aludirá en la prensa de la época a cómo los defensores de la ciudad, encabezados por el nuevo Gobernador y los funcionarios de la recién establecida Diputación provincial, “demostraron el ardor con el que aman las instituciones liberales”.

Años más tarde, durante la I Guerra Carlista (1833-1840) se reproduce una situación similar a la descrita: con el protagonismo indiscutible de Cabrera, los carlistas llegaron a dominar toda la provincia a excepción de sus dos principales enclaves liberales: las ciudades de Teruel y Alcañiz. De este modo, tras los combates de Camarillas, cuyo castillo habían fortificado los carlistas, y Bañón (1836), durante la famosa Expedición Real (1837), y tras pasar por Argente y El Pobo, las tropas carlistas tomaron Alba del Campo y el fuerte de Monreal en su camino hacia Madrid. Al año siguiente, los partidarios de Carlos V fracasaron en un nuevo intento de conquistar la ciudad de Teruel. Este suceso tuvo lugar el 30 de enero de 1838 y, los carlistas, en esta ocasión al mando de Juan Cabañero y Esponera, el mismo que escasamente un mes después fracasaría también en su intento de apoderarse de la ciudad de Zaragoza en el célebre hecho de armas conocido como *la Cincomarzada*. Pese a este nuevo revés, el carlismo insurrecto permaneció activo en las tierras turolenses hasta el fin de la I Guerra Carlista, esto es, hasta 1840.

Tras los sucesos ocurridos durante la II Guerra (1846-1849), también conocida como “dels Matiners”, que apenas afectaron a esta comarca, la Comunidad de Teruel volverá a tener un destacado protagonismo en la última contienda propiciada por la reacción carlista entre 1872-1875. Durante estos años, las tierras turolenses, y no sólo el mítico bastión del Maestrazgo, volvieron a ser uno de los focos principales de la insurrección. Tal es así que a partir de 1873, tras la toma de los carlistas de Cantavieja, fortificada y convertida en capital carlista, nuevamente vuelven a hacerse con el control de la práctica totalidad del territorio provincial. Durante el verano de 1874 los carlistas intentaron conquistar la capital turolense durante sendos ataques ocurridos los días 3 de julio y 4 de agosto. La heroica defensa de la ciudad durante dichas acciones armadas, muy similares en su desarrollo a la *Cincomarzada* zaragozana, tuvo importantes consecuencias: la ciudad recibió los títulos de “Heroica” y “Siempre Heroica” y, desde 1877 dichas jornadas pasaron a convertirse en fiestas cívico-políticas locales que conmemoraban el triunfo de la libertad frente a la reacción, las cuales perduraron hasta que fueron suprimidas por el franquismo. Igualmente, y para recordar estos hechos, la ciudad de Teruel erigió el 3 de julio de 1896 el monumento a los Mártires de la Libertad, el cual, como las citadas fiestas cívico-políticas, fue borrado de la historia y del paisaje urbano por la dictadura fascista.

Una vez más, la ciudad de Teruel había puesto de manifiesto lo que había sido una constante durante todo el siglo: su firme adhesión al liberalismo. Ello resultaba especialmente destacable si tenemos en cuenta cómo en el resto de la provincia, y por supuesto de la comarca, el peso del tradicionalismo carlista durante aquellos años había sido tan importante y destacado.

Bibliografía

- BELTRÁN Y ROZPIDÉ, RICARDO, “Biografía de D. Isidoro de Antillón”, en *Teruel*, 59, 1978.
- ENCISO VILLANUEVA, GABINO, *Aragoneses ilustres. Libro de lectura para las escuelas*, Teruel, Imprenta de la Beneficencia, 1890.
- FORCADELL ÁLVAREZ, CARLOS, “La crisis agrícola y pecuaria. La provincia de Teruel en la información escrita de 1887”, en Encuentro sobre Historia Contemporánea de las tierras turolenses (Villarluengo, 1984), *Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1986*.
- LAFOZ RABAZA, HERMINIO, *El Aragón resistente: la Junta Superior de Aragón y parte de Castilla: 1809-1813*, Comuniter, Zaragoza, 2007.
- PINILLA NAVARRO, VICENTE, *Teruel (1833-1868): Revolución burguesa y atraso económico*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1986.
- RÚJULA LÓPEZ, PEDRO, *Rebeldía campesina y primer carlismo: los orígenes de la guerra civil en Aragón (1833-1835)*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1995.
- SOLÁNS CASTRO, MANUELA, *Evolución de la población de Teruel entre 1860 y 1960: estudio geodemográfico*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1968.
- VILLANUEVA HERRERO, JOSÉ RAMÓN, *Las divisiones territoriales y provinciales en Aragón durante el primer tercio del s. XIX*, [inérito], 1982.